

1

Job: paradigma de la espiritualidad cristiana

Oro para que Dios abra nuestros ojos y nos permita ver los tesoros escondidos que él nos concede en los sufrimientos de los cuales el mundo sólo piensa en huir.

Juan de Ávila

El libro de Job narra una de las experiencias más dramáticas jamás vividas por un ser humano. Desde la perspectiva de la espiritualidad cristiana, entender el relato de Job constituye sin duda una de las más ricas y profundas percepciones de las crisis del alma humana en la búsqueda de significado y realización.

La crisis de Job ha sido explorada casi siempre en el contexto del sufrimiento humano. Los análisis que hacemos de su experiencia buscan evocar su paciencia y despojo delante de una de las más humillantes pruebas por las que alguien haya pasado. Sin embargo, la temática del libro de Job abarca más. En efecto, comprende el problema del sufrimiento, del mal, pero principalmente la cuestión de la relación del ser humano con Dios en medio de las complejidades de la vida.

Al reflexionar sobre la vida y los dilemas de Job, nos detendremos en esa relación. ¿Cómo hemos construido nuestra relación con Dios? ¿Con qué bases establecemos nuestro

encuentro con él? Estas preguntas están en el centro de nuestra reflexión sobre la espiritualidad cristiana. Sin duda, el sufrimiento de Job nos ayuda a entender el lugar de Dios en nuestra experiencia espiritual. En este sentido, Job se nos presenta como un para-digma de la espiritualidad humana y cristiana, que tanto nos muestra la fragilidad de nuestras pretensiones y teologías, las cuales no siempre responden a las cuestiones más profundas del alma, como nos revela un Dios que no encuadra en los esquemas teológicos y doctrinales que construimos. Desvestirnos de nuestras pretensiones teológicas y encontrarnos con el Dios libre y soberano constituyen el camino que Job nos propone.

Job: fidelidad e integridad

Job es presentado y confirmado por Dios como «un hombre recto e intachable, que me honra y vive apartado del mal» (Job 1:8). Esta declaración de Dios mismo no deja la menor duda en cuanto a la conversión e integridad de Job. Por lo tanto, no estamos hablando aquí de alguien que no había tenido un encuentro con Dios, de una persona que no se había convertido. Es común en el mundo religioso, y particularmente en el evangélico, justificar el sufrimiento y las reacciones semejantes a las de Job como respuestas de alguien que no conoce a Dios, o como mínimo, que no confía en él. Así reaccionaron los amigos de Job al drama que éste vivía.

Sin embargo, Job es un hombre recto, intachable, que honra a Dios. Este es el testimonio de Dios sobre él. Dios mismo confirma su idoneidad e integridad. Y si el propio Dios declara la integridad, temor y rectitud de Job, ¿qué más podría faltarle a éste para completar su devoción y espiritualidad? ¿Sería posible

hallar a alguien más íntimo y temeroso de Dios que Job? ¿No era el testimonio de Dios más que suficiente para confirmar que allí se encontraba un hombre que había alcanzado la gracia de la aprobación divina? Como padre, Job frecuentemente santificaba a sus hijos, ofreciendo holocaustos con el recelo de que hubiesen cometido algún pecado contra Dios; como hombre, era respetado y honrado por su integridad y rectitud; era próspero y gozaba de salud, alegría y paz con toda su familia; y procuraba andar con Dios al punto que Dios mismo afirma que no había ninguno en la tierra semejante a él. ¿No era acaso la vida de Job un ejemplo de espiritualidad, devoción y piedad sin precedentes?

Todo nos lleva a creer que sí. Job era el orgullo de Dios. Fue la persona que Dios escogió, entre todos los habitantes de la tierra, para llamar la atención de Satanás con relación a su integridad, rectitud y temor. Era un ejemplo de espiritualidad y devoción. No había nadie igual a él. Job es único bajo la mirada de Dios, quien lo llama «mi siervo».

Este es el perfil de nuestro personaje. Y es bueno que quede claro que nuestra reflexión sobre la espiritualidad cristiana pasa primero por este perfil. Como ya dijimos, no estamos delante de ningún hipócrita sino ante un hombre que teme a Dios y se aparta del mal. Se trata de un hombre que a todos nosotros nos gustaría tener como amigo, padre o hermano.

La duda

Sin embargo, ante esta presentación, Satanás en tono irónico lanza una duda sobre la afirmación de Dios respecto a la integridad de Job. La duda es: «¿Acaso teme Job a Dios de

balde? (Job 1:9). ¿Son realmente puras las motivaciones que lo llevan a ser lo que Dios afirma de él? ¿No será que todo ese temor, integridad y pureza es un buen negocio para él? Después de todo, Dios lo ha bendecido y protegido, ha rodeado su casa de prosperidad, salud y todo cuanto un hombre necesita para ser feliz y responder a Dios naturalmente con fidelidad y lealtad. En fin, para el diablo, la integridad de Job es apenas un buen negocio.

La duda que Satanás lanza no se refiere a la integridad, temor y rectitud de Job, sino a sus motivaciones expectativas e intereses para ser tan leal y temeroso de Dios. Para Satanás, la experiencia religiosa del ser humano no puede ser explicada sin que haya un interés, un deseo de recompensa oculto en sus motivaciones. El punto decisivo de la duda de Satanás es: ¿Puede el ser humano adorar y servir a Dios por nada? ¿Desinteresadamente? ¿Sin ninguna recompensa? ¿Simplemente porque Dios es Dios? ¿Es posible que entre Dios y el ser humano haya un encuentro cuyas únicas motivaciones sean el amor y el afecto?¹

Satanás considera que no. Según él, el ser humano siempre se acerca a Dios por las ventajas que esta relación le proporciona. Una vez obtenidas tales ventajas, no le quedaría motivación alguna para buscar a Dios. El utilitarismo preside las relaciones humanas, y no es diferente cuando se trata de Dios y del mundo espiritual. Satanás cree que existen motivos ocultos tras la piedad de Job. Tales motivos secretos —muchas

¹ El libro *Hablar de Dios desde el sufrimiento del inocente*, de Gustavo Gutiérrez (Sígueme, Salamanca, 1986), incluye un excelente abordaje del dilema vivido por Job. El punto central está en el principio de la retribución y de la gratuidad de la gracia de Dios. Otro libro que ayuda a comprender el dilema de Job es *O Deus indisponível. O Livro de Jó*, de Karl Heinem (Ediciones Paulinas, San Pablo, 1982).

veces ocultos aun para nosotros mismos— muestran la verdadera intención de nuestro interés por Dios. ¿Qué sucedería si Job perdiese su riqueza y honor? ¿Continuaría siendo temeroso de Dios? ¿Continuaría amando a Dios, a pesar de la miseria y de la enfermedad? Satanás piensa que no.

Con toda seguridad, esa misma duda está también sobre nosotros. Los motivos que nos llevan a buscar a Dios, su poder y misericordia, no siempre nacen del deseo puro y sincero de amarlo y servirlo de manera desinteresada. Las recompensas que acompañan las demandas que recibimos en la mayoría de los casos hablan más alto que nuestro amor y afecto. Dificilmente nos vemos completamente libres de las seducciones de las recompensas. De una forma u otra, éstas siempre están presentes en nuestras motivaciones más secretas. No obstante, buscar un encuentro con Dios que sólo tome en cuenta el amor desinteresado nos conduce a una relación espiritual más profunda, íntima y personal.

La duda está lanzada. Y convengamos que no se trata de una duda simple de resolver. Es una duda de naturaleza moral, que toca lo que hay de más íntimo y personal en el ser humano. La misma lanza sospechas sobre realidades acerca de las cuales ni nosotros mismos tenemos el pleno conocimiento y dominio, y cuyo tratamiento y resolución envuelve un proceso de desnudez de nuestras motivaciones y sentimientos más secretos. Tan secretos, que, con todo el conocimiento que suponemos tener sobre nosotros mismos, no podemos afirmar que conocemos con claridad los motivos de nuestros afectos.

La apuesta

Entonces Satanás propone una apuesta para arrojar luz sobre su duda. Su sugerencia es que Dios le conceda el

permiso para quitarle a Job aquellas ventajas y estímulos externos, que lo impulsarían a ser temeroso y justo, para comprobar si al final continúa adorando a Dios o termina blasfemándolo:

¿Acaso no están bajo tu protección él y su familia y todas sus posesiones? De tal modo has bendecido la obra de sus manos que sus rebaños y ganados llenan toda la tierra. Pero extiende la mano y quítale todo lo que posee, ¡a ver si no te maldice en tu propia cara!

—Muy bien —le contestó el Señor—. Todas sus posesiones están en tus manos, con la condición de que a él no le pongas las manos encima.

Dicho esto, Satanás se retiró de la presencia del Señor.
(Job 1:10-12).

Vale la pena enfatizar una vez más que Satanás no niega la piedad e integridad de Job. Este no es el punto central. Satanás desconfía de la motivación, de los intereses ocultos. Quiere ver si le es posible al ser humano buscar a Dios y adorarlo sin ninguna expectativa de recompensa. Para él, todos son iguales. No existe relación humana que sea motivada sólo por el afecto desinteresado. Dios concede la apuesta y permite que Satanás perjudique a Job, que exponga los «motivos» de su temor y devoción, que desnude su corazón y su alma, y muestre sus verdaderas intenciones.

Así, en una sucesión de catástrofes, Job pierde todo. Se encuentra solo, sin ningún estímulo. Nada que exteriormente pueda justificar su integridad y fidelidad. Al ver sus animales, siervos, propiedades, hijos e hijas destruidos por el fuego y los vendavales, Job se siente completamente solo, sin nada que siquiera le recuerde tímidamente los momentos de hartura y abundancia que Dios generosamente le concedía. Todo aquello

que podría haberlo motivado a servir a Dios con devoción y fidelidad es ahora apenas cenizas y escombros.

Job recibe la noticia de la muerte de sus hijos e hijas y de la pérdida de sus propiedades. No obstante, incluso delante de este cuadro desolador, el texto dice que Job no pecó ni atribuyó a Dios ninguna falta. En un gesto de extrema piedad y devoción, Job afirma: «Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo he de partir. El Señor ha dado; el Señor ha quitado. ¡Bendito sea el nombre del Señor!» (Job 1:21). Job continúa mostrando su temor a Dios, reconociendo que la trayectoria humana, tanto en el comienzo como en el fin, revela la grandeza de Dios y la limitación del ser humano. Humildemente, él demuestra que su temor de Dios es más que los bienes que posee. Hasta aquí Dios va ganando la apuesta.

En un segundo encuentro entre Satanás y Dios, el Señor confirma una vez más la integridad de Job. Le dice a Satanás: «Aunque tú me incitaste contra él para arruinarlo sin motivo, ¡todavía mantiene firme su integridad!» (Job 2:3b). Sin embargo, Satanás insiste y desafía a Dios una vez más. Según él, lo sucedido a Job no había sido suficiente: «¡Una cosa por la otra! —replicó Satanás—. Con tal de salvar la vida, el hombre da todo lo que tiene. Pero extiende la mano y hiérello, ¡a ver si no te maldice en tu propia cara!» (Job 2:4, 5). Ahora el enemigo pretende ir un poco más allá. Cree que por la vida es posible renunciar a los bienes y a los seres queridos, y aun así seguir siendo temeroso de Dios. Job tiene algo mucho más valioso que sus bienes y su familia para negociar con Dios: su vida y su salud. Satanás propone perjudicarlo en la carne y en los huesos, puesto que Job todavía tiene la salud como un as en la manga. Es necesario dejarlo sin nada, sin ninguna recompensa ni estímulo que lo lleve a buscar interesadamente a Dios. El Señor autoriza a Satanás: «Muy bien —dijo el Señor a

Satanás—, Job está en tus manos. Eso sí, respeta su vida» (Job 2:6). Job se enferma de llagas desde la planta de los pies hasta la cabeza. La imagen es desoladora. No le quedó nada, ni bienes, ni familia, ni salud. Job es un pobre miserable, enfermo y solitario. En tal estado resalta el silencio. Job no dice nada. Se recoge silencio-samente ante la terrible realidad.

Este es el cuadro que presentan los primeros dos capítulos del libro de Job. La apuesta está hecha. Dios coloca sobre la mesa todas sus cartas. Si Job falla, Satanás gana la apuesta, es decir, quedaría probado que nadie adora a Dios sin motivo alguno, sólo por el amor y el deseo de adorarlo. Con esto Satanás no sólo derrumbaría todo el propósito de Dios de establecer una relación con el ser humano sino que crearía un argumento para justificar su caída. Satanás podría tranquilamente decir que nadie, ni siquiera él, consigue responder al amor de Dios. De modo que no sólo está en juego la integridad de Job sino una relación: el vínculo libre, personal, afectivo y desinteresado entre el ser humano y Dios. Si Job falla, sería evidente que el ser humano no ama a Dios simplemente porque Dios es Dios, sino por los dividendos que esto le rinde.

Job es inocente. Dios lo sabe y nosotros también. Las aflicciones y sufrimientos por los que él atraviesa no nacen de algún castigo merecido ni obedecen a una ley de causa y efecto. El motivo de su sufrimiento y privación es solamente el resultado de una apuesta entre Dios y Satanás. Esto, de cierta manera, agrava todavía más el cuadro. Job no sabe por qué está sufriendo. Cuando un padre disciplina a su hijo, procura siempre explicar el motivo. Aunque la disciplina no sea justa, el hijo sabe por qué es disciplinado. Sería una enorme cobardía y falta de respeto disciplinar a alguien sin explicarle el motivo ni la razón. En el caso de Job, no hay razón ni motivo para su

sufrimiento. No existe ningún fundamento que Job necesite conocer. En virtud de la apuesta, más allá del sufrimiento en sí, Dios calla. No responde al clamor de Job, quien busca una razón que justifique tamaña desgracia. Además de perder todo lo que tenía, Job sufre también con el silencio de Dios.

El sentido de la espiritualidad cristiana a la luz de la experiencia de Job

Aquí encontramos la clave para comprender el significado de la espiritualidad cristiana. La relación entre el ser humano y Dios se encuentra en el centro de este drama vivido por Job, quien representa un paradigma de la espiritualidad cristiana. En el centro de la desconfianza y de la apuesta de Satanás, encontramos el lugar del corazón en la experiencia espiritual. Al penetrar en ese mundo de sufrimiento y privación, Job se encuentra con una realidad que nunca había notado antes: la de su corazón y sus afectos. El sufrimiento generó un despojo de sí mismo y de las cosas que simbolizaban la presencia y la gracia de Dios. El cuadro que tenemos de Job es desolador, sentado sobre los escombros de sus bienes, cubierto de tumores malignos desde la planta de los pies hasta la cabeza, y raspándose con un pedazo de teja las heridas que lo consumían. Job se vio completamente vacío. No había nada que le recordara la abundancia de «bendiciones» que hicieran de él un hombre feliz. En estos momentos de vacío es cuando descubrimos la verdad oculta en nuestro corazón, es decir, nuestros verdaderos motivos, de cuya integridad Satanás tanto desconfía. Exactamente eso quiere descubrir Satanás en el caso de Job, pues no acredita que exista en el corazón

humano otra cosa que intereses mezquinos y egoístas, como en su corazón.

En una de sus cartas Charles de Foucauld escribió:

El hombre necesita entrar en el desierto para recibir la gracia de Dios. Es allí que alejamos todo aquello que no es de Dios. El alma necesita penetrar en este silencio... en la soledad, en este encuentro solitario con Dios... se revela a sí mismo en nuestra alma y que podemos entregarnos íntegramente a él.²

El sufrimiento llevó a Job a penetrar en ese silencio, en ese encuentro solitario con Dios. Allí los secretos de su corazón serían revelados, sus motivaciones más secretas, desenmascaradas, y por fin se revelaría si su amor y afecto por Dios eran puros y desinteresados o no.

La espiritualidad cristiana es una espiritualidad del corazón. El sabio escribe: «Por sobre todas las cosas cuida tu corazón, porque de él mana la vida» (Pr 4:23). Vivimos en una sociedad donde desde temprano aprendemos a guardar nuestra auto-imagen, nuestro *status* social, nuestro intelecto, nuestras conquistas personales, nuestro espacio de realización, pero no nuestro corazón. Es del «corazón que proceden las fuentes de la vida», dice el sabio. Para muchos cristianos, la vida espiritual se define por el conocimiento que tenemos de Dios a través de la Biblia y/o de las experiencias espirituales que acumulamos a lo largo de nuestro camino. Sin embargo, el centro de nuestra espiritualidad está en nuestros afectos, que nacen del corazón. Cuando el Señor Jesús llamó al apóstol Pedro para el

² Citado por James Houston, *The Hungry Soul*, A Lion Book, Oxford, 1993, p. 173.

pastorado no le preguntó cuánto conocía acerca de Dios o qué experiencias espirituales había tenido, pero sí le preguntó si él lo amaba. Era el afecto de Pedro lo que le interesaba a Jesús. Esto no significa que el conocimiento y la experiencia sean irrelevantes, pero si ambos no se traducen en afectividad, si no afectan el corazón, se transforman en presas fáciles de las apuestas del diablo.

«Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con todo tu ser y con toda tu mente» y «a tu prójimo como a ti mismo» constituye, según la enseñanza de Jesús, el cumplimiento de la ley y de los profetas. Parafraseando, podemos decir que «amar a Dios con todo nuestro corazón, ser, mente y fuerzas» es el cumplimiento de todo conocimiento y experiencia. Este amor que nace del corazón determina los secretos de la espiritualidad. Lo que estaba en juego era el amor de Job hacia Dios. La apuesta no involucraba ni su conocimiento ni sus experiencias. Satanás no tenía duda alguna respecto al conocimiento que Job tenía de Dios o respecto a sus experiencias, pero sí dudaba de su amor. Creía que una vez retiradas las experiencias y el conocimiento (veremos más adelante que Job, al igual que sus amigos, era partidario de la doctrina de la retribución) no quedaría nada que ofrecer a Dios, a no ser blasfemias y rebeldía.

La vida espiritual es aquella que nos lleva a sacar del corazón lo precioso que hay en él y ofrecerlo al Señor. Nos conduce a buscar en los compartimientos más secretos del alma los sentimientos más nobles y puros, y dedicarlos al servicio de la adoración. Cuando el ser humano es capaz de adorar y servir a Dios por nada, simplemente porque Dios es Dios, y no porque él lo cubre de beneficios, encuentra el sentido mayor de su devoción, el centro de su espiritualidad, el

corazón como fuente de los afectos más puros y genuinos de su alma.

Job se encuentra ahora sin nada. No tiene una familia que lo apoye para así renovar sus esperanzas. No tiene bienes que le permitan vivir confortablemente seguro. También desaparecieron la reputación y la honra que provenían de todo esto. Está solo. No tiene nada que le permita demostrar que Dios está vivo, a no ser Dios mismo. No tiene ningún motivo para adorar y servir a Dios, a no ser Dios mismo. ¿Qué pasará ahora con Job?

Su esposa, al contemplar el cuadro desolador en que se encuentra su marido, no tiene otra reacción que la de decir lo obvio (por lo menos en la óptica de Satanás): «¿Todavía mantienes firme integridad? ¡Maldice a Dios y muérete!» (Job 2:9). Para ella no vale la pena ser íntegro. Las ventajas se acabaron. Dios dejó de ser útil. ¿Para qué servir a Dios? ¿Cuál es la finalidad de la integridad? Seguramente, así habrá estado pensando ella. Pero, ¿no era exactamente ésta la sospecha que levantó el diablo en el encuentro que tuvo con el Señor Dios? ¿No fue él quien dijo que una vez que hubiera perjudicado a Job y sacado todo cuanto motivaba su integridad, éste blasfemaría contra Dios, le daría la espalda? Pues bien, la esposa de Job es la primera en confirmar la sospecha de Satanás y contribuir para que su marido actúe exactamente como aquel había previsto en la apuesta. Aquí Satanás gana un punto.

La reacción de la mujer de Job, dentro del contexto de nuestra formación religiosa evangélica, puede parecernos una gran insensatez. Ningún cristiano que goce de perfecta salud mental y espiritual afirmaría tal absurdo. Sin embargo, si somos honestos y sinceros, tenemos que estar de acuerdo en que su reacción no fue tan absurda. ¿Cuántos cristianos han abandonado la fe por mucho menos? ¿Y cuántos entran en una crisis

existencial y espiritual en virtud de calamidades menos adversas por las que pasan? ¿Cuántos en este momento se preguntan: «Porque Dios permite esto o aquello»? La verdad es que la sospecha de Satanás respecto a Job se aplica con mucha propiedad a la mayoría de los cristianos. Para comprobar esto basta con prestar la debida atención a los testimonios que escuchamos sobre las bendiciones de Dios en la vida de nuestros hermanos. Salvo rarísimas excepciones, las bendiciones de Dios se refieren siempre a alguna ganancia material o espiritual (en la mayoría de los casos, material) que recibimos. Para muchos, la señal de la presencia y de la gracia de Dios son las ganancias que tenemos, sin las cuales nos sentimos huérfanos y completamente abandonados. Y Job se encuentra así, despojado, realmente sin nada para testificar de la presencia de Dios. No tiene familia, ni bienes, ni salud. Nada. Más aún, Dios guarda silencio. Delante de este vacío, Job no tiene ninguna otra salida que no sea maldecir a Dios y después darle un fin a su propia existencia. Su mujer es la portavoz de la gran mayoría de los seres humanos. Sólo la condenan aquellos que nunca pasaron por una experiencia semejante.

La doctrina de la retribución

Ahora entran en escena los amigos de Job. Después de siete días de silencio solidario, éstos comienzan una investigación mi-nuciosa de la vida y el pasado de Job, buscando descubrir donde se había equivocado. Esta pesquisa era fundamental para que Job se volviera al arrepentimiento y la confesión, y así recibiera de nuevo lo que le había sido quitado como punición por su pecado. Es una postura muy

común en la consejería. Si algo va mal, es porque existe una causa, un pecado no confesado, una maldición hecha en el pasado, alguna cosa que justifique los problemas del sufrimiento humano. Sin embargo, en el contexto del sufrimiento de Job, sabemos que no hay ninguna causa que justifique tamaño dolor. Job era inocente, no en el sentido de que no era un pecador, sino en que no había nada que lo responsabilizase por el sufrimiento. El consejo de sus amigos era que busque a Dios y confiese sus pecados, porque así, y so-lamente así Dios lo bendeciría con dádivas materiales y le devolvería lo que le fuera arrancado como punición por su falta.

Los amigos de Job construyeron una teología que, aunque es muy común entre nosotros, describe exactamente las sospechas de Satanás. Se trata de una teología que lleva al ser humano a buscar y a servir a Dios por la recompensa que puede recibir, y no por un sentido de amor y afecto desinteresado por el Señor. Podemos llamarla «teología de la retribución» o «teología del fraude o de la transacción fraudulenta». Aquí se establece una relación utilitaria, acerca de la cual Satanás había lanzado sus dudas.

Para los amigos de Job la lógica es muy simple. Dios bendice a los justos y castiga a los impíos. Es una lógica de causa y efec-to. Todo sufrimiento tiene una causa que lo justifica. La ecuación es simple y muy conocida por todos. Si somos personas buenas, justas y correctas, Dios nos recompensa y bendice con todas sus dádivas. Si, en cambio, somos infieles, injustos y perversos, Dios nos castiga y retira de nosotros sus dádivas. La conclusión es obvia: Job pecó. Ahora sólo resta saber cuál es su pecado, para que se arrepienta, confiese y reciba de nuevo lo que Dios, en su justicia, le ha quitado.

Lo que los amigos de Job no saben es que el sufrimiento no siempre obedece a esta regla simple y lógica. No cabe duda que Dios conoce los motivos de nuestro sufrimiento, pero el hecho es que no siempre nos es dado a nosotros conocer esos motivos. La mayoría de las veces el sufrimiento se presenta como un gran misterio. El sufrimiento de Job jamás podría explicarse por el razonamiento matemático de los teólogos, no había una razón lógica que lo justificase.

Sin embargo, para los amigos de Job, una vez tratada la causa que había desencadenado el sufrimiento sería reestablecida la normalidad. Así razonaban ellos. Por tanto, si Job estaba sufriendo, su lógica los llevaba a concluir que había practicado alguna iniquidad. El sufrimiento de Job sólo podía ser explicado por la lógica de la retribución.

En Job 4:7, Elifaz alerta a Job de la siguiente manera:

«Ponte a pensar: ¿Quién que sea inocente ha perecido?
¿Cuando se ha destruido a la gente íntegra?
La experiencia me ha enseñado
que los que siembran maldad
cosechan desventura.»

Este es el argumento de Elifaz y sus amigos. Sobre la base de la experiencia y la sabiduría adquiridas, concluyen que el inocente y el recto no pueden ser destruidos; solamente los inicuos cosechan el mal que siembran. Más adelante, en 5:8, el mismo Elifaz propone: «Si se tratara de mí, yo apelaría a Dios; ante él expondría mi caso.» Luego describe el porqué de su actuación. Para él, el ser humano debe buscar a Dios, porque sólo él puede librarlo de la desgracia. Elifaz no se preocupa por entender a Job en su angustia. Apenas se interesa en hacerlo entrar en su esquema

de fe. Está muy preocupado por probar que su teología es correcta, que la lógica de su razonamiento es justa y que la sabiduría que ha adquirido es verdadera.

Los amigos no perciben que el consejo de someterse a Dios con la esperanza de comenzar todo de nuevo esconde, en sí mismo, una peligrosa tentación. La sospecha de Satanás encuentra ahora en los amigos de Job fuertes aliados. Según ellos, Job debería orientarse hacia una espiritualidad que busque a Dios no por causa de Dios sino por causa de él mismo. A pesar de sus intenciones sinceras, los amigos de Job cometen el mismo error de muchos consejeros actuales. No están interesados ni en la verdad ni en Job. Están mucho más interesados en probar y sustentar sus esquemas teológicos que en buscar la verdad y comprender el dolor y el sufrimiento del prójimo.

Sin embargo, para Job el problema no es tan sencillo. Él se considera inocente, no en el sentido de no ser un pecador (esto él lo sabía) sino de no reconocer nada que hubiese hecho que lo hiciera merecedor de tamaño castigo. Su sufrimiento es semejante al de millones de niños que, a pesar de no haber hecho nada más grave que otros niños, son víctimas de la maldad del mundo. Job es inocente. Su sufrimiento no está determinado por algo que hubiera hecho. El propio Dios afirma que Satanás lo incitó contra Job para «arruinarlo sin motivo» (Job 2:3). No hay una causa concreta e investigable, que los amigos puedan descubrir, para traer a Job de vuelta a las alegrías del pasado.

El conflicto de Job con sus amigos se produce, básicamente, por causa de la intolerancia inhumana de sus discursos. La revuelta de Job está motivada mucho más por las justificaciones de sus amigos que por el propio dolor:

Instrúyanme, y me quedaré callado;
muéstrenme en qué estoy equivocado.
Las palabras justas no ofenden,
¡pero los argumentos de ustedes no prueban nada!
¿Me van a juzgar por mis palabras,
sin ver que provienen de un desesperado?
¡Ustedes echarían suertes hasta por un huérfano,
y venderían a su amigo por cualquier cosa!
Tengan la bondad de mirarme a los ojos;
¿Creen que les mentiría en su propia cara?
(Job 6:24-28)

Job pide a sus amigos que sean más misericordiosos con él, que no consideren sus palabras como afirmaciones dogmáticas de la verdad sino como la expresión de su desesperación. Les pide que miren más su dolor que sus declaraciones.

El conflicto de Job es que él también es partidario de la tesis de sus amigos. Él es parte del esquema teológico de la retribución. Durante los años de su vida próspera y saludable, este concepto de la justa retribución de Dios era compartido también por él. Así veía él la relación de Dios con el ser humano. Pero ahora enfrenta el gran dilema que la teología que le sirvió tan bien por muchos años no tiene ya respuestas para su crisis. Es más, el discurso de sus amigos lo irrita e indigna. Él necesita una respuesta que venga de Dios, y por esto pasa a contender con él. Job

necesita probarle a Dios que es inocente. Esta necesidad nace de que él aún piensa que Dios actúa así: castiga al impío y recompensa al justo. Por lo tanto, una vez probada su inocencia, Dios reparará el terrible error que cometió. Esta contienda, muchas veces vista por sus amigos como una actitud blasfema, es la puerta de entrada para una nueva relación con Dios. Job busca en Dios un juez para su causa.

De esta manera, él continúa resistiendo los argumentos de sus amigos, que insisten en preservar el mismo discurso.

Los argumentos de los amigos giran como una rueda en el aire, sin hacer avanzar. Energía perdida de intelectuales que se agitan sin ponerse en movimiento, incapaces de dar un paso al frente, empalmando una razón con otra con impulso puramente verbal. Para qué replicar, dirá Job, y con él los inocentes y sufrientes de todas las épocas de la humanidad, si no tienen nada que decir. Es la pregunta a toda teología vacía del misterio de Dios. La verdadera blasfemia está en su autosuficiente hablar, ya que sus palabras encubren y desfiguran el rostro de un Dios que ama gratuita y libremente. Los amigos creen más en su teología que en Dios mismo.³

Lo que muchas veces compromete la espiritualidad cristiana es la pretensión de restringir todo el misterio de Dios a las explicaciones espiritualizadas o racionalizadas de nuestras experiencias cristianas y humanas. Muchos cristianos se sienten inseguros, si no encuentran respuestas lógicas y bien elaboradas

³ Gutiérrez, *op. cit.*, p. 74.

para todas las cuestiones del alma. Esto nos impide penetrar en el misterio de Dios y conocerlo en el silencio de nuestra insignificancia. El sufrimiento, el dolor, la muerte son experiencias humanas que no pueden explicarse usando simplemente una fórmula de causa y efecto. Nadie se consuela en el dolor por la explicación lógica y racional del sufrimiento. Por más que esta explicación sea sensata y nazca del interés sincero de ayudar y consolar, el sufrimiento permanece como un dolor inexplicable. Recuerdo una película que vi recientemente, *Tierra de sombras*, que trata del romance y casamiento del autor y pensador cristiano C. S. Lewis con una estadounidense que sufría de cáncer. Después de la muerte de ésta, en uno de los primeros encuentros del escritor con sus amigos, todavía marcado por el dolor de la pérdida de un gran amor, uno de ellos pregunta acerca de lo que podría hacer para ayudarlo. Su respuesta fue simple y objetiva: «Sólo no me diga que así fue mejor.» En horas como esta, cuando nos vemos delante de dilemas como la muerte, notamos cuán limitada es nuestra teología y cuán presumidos somos en la búsqueda de la comprensión de los misterios de la vida. Todo lo que Job necesitaba era del silencio solidario de sus amigos.

Por otro lado, Job percibe que la lógica de sus amigos es consistente en algunos casos, pero no en todos. Pregunta:

¿Por qué siguen con vida los malvados,
cada vez más viejos y más ricos?

Ven establecerse en torno suyo
a sus hijos y a sus descendientes.

Tienen paz en su hogar, y están libres de temores;

la vara de Dios no los castiga.
Sus toros son verdaderos sementales;
sus vacas paren y no pierden las crías.
Dejan correr a sus niños como si fueran ovejas;
sus pequeñuelos danzan alegres.
Cantan al son del tamboril y del arpa;
se divierten al son de la flauta.
Pasan la vida con gran bienestar,
y en paz bajan al sepulcro.
A Dios increpan: ¡«Déjanos tranquilos!
No queremos conocer tu voluntad»
(Job 21:7-14).

Job está argumentando contra la tesis de sus amigos. Si Dios bendice al justo con prosperidad y castiga al impío con la miseria y el sufrimiento, por lo que él puede observar, no siempre sucede así. Basta mirar a nuestro alrededor. Hay muchos impíos que, cuanto más roban y corrompen, cada día se hacen más ricos y poderosos; y muchos justos y honestos pierden lo poco que tienen precisamente por su honestidad y justicia. La misma realidad de los hechos derrumba la tesis de sus amigos. En el mundo real, la lógica de la retribución no funciona. Es necesario encontrar otra teología para responderle a Job. El principio de la retribución puede ser aplicado en muchas situaciones, pero, definitivamente, no cabe en la situación de Job. Primero, porque nosotros sabemos que la causa de su sufrimiento no puede ser explicada por la simple lógica de causa y efecto. Segundo, porque por detrás de su dilema se esconde una realidad mucho más profunda, que envuelve sus motivaciones más secretas.

Sin embargo, si Job buscara a Dios confesando su pecado sólo para recibir de vuelta lo que le fue quitado, acatando la sugerencia de sus amigos, daría a Satanás el gusto de la victoria. Estaría de hecho buscando a Dios no por quien Dios es, sino por los beneficios que él puede ofrecer. Estaría buscando a Dios para gozar de los beneficios divinos y no simplemente porque lo ama y desea servirlo por nada. Estaría buscando a Dios por causa de sí mismo y no de Dios. Ésta era la sospecha de Satanás.

Me parece que la retribución es un concepto aceptado universalmente como base para las relaciones humanas. Basta observar las relaciones familiares, en las que el principio de intercambio es una constante desde muy temprano. Si somos obedientes y bondadosos, obtenemos la recompensa. Si desobedecemos, somos castigados. Si sacamos buenas notas y somos aprobados, recibimos los premios, pero si somos reprobados, fracasamos y sufrimos consecuencias y puniciones por nuestro fracaso. También aprendemos a conquistar nuestros derechos a través de este mismo principio. Tanto en el mundo público como en el privado, el ser humano se comporta así siempre. Es la política del «dar para recibir». No sería diferente en el mundo espiritual. Bastaría mirar la forma en que se hacen casi todas las apelaciones en nuestras iglesias. Prácticamente todos recurren al mismo principio de la retribución. Si yo contribuyo con fidelidad y participo fielmente de las actividades de la iglesia, Dios me hará próspero y me bendecirá. Si fuere honesto, íntegro y correcto, Dios me bendecirá y retribuirá, generalmente con muchos más dividendos, para que el negocio sea más

ventajoso. Las apelaciones casi siempre obedecen a esta misma lógica. Cuando esto no resulta, es necesario investigar el pasado a fin de descubrir qué es lo que interrumpió el proceso. Si no descubro nada que justifique mi sufrimiento, entonces debo confesar mi ignorancia y pedir a Dios que me revele el pecado oculto.

Es importante destacar que Dios tiene placer en bendecir a sus hijos y en dar mucho más de lo que pedimos, y que el principio de la retribución tiene base en muchos textos de las Sagradas Escrituras, como, por ejemplo: «Cada uno cosecha lo que siembra» (Gá 6:7). La cuestión que involucra el dilema de Job no es el placer que Dios tiene al bendecir a sus hijos ni las innumerales promesas que encontramos en la Biblia, que afirman el interés de Dios en dar buenas dádivas a quienes lo aman. El punto central que involucra el dilema de Job, nuestra espiritualidad y la sospecha de Satanás, es si somos capaces de hacer todo lo que normalmente hacemos para Dios, aun cuando él no nos recompense con bendiciones materiales y espirituales. ¿Soy capaz de contribuir generosamente, aunque no reciba ninguna recompensa de Dios por mi generosidad y fidelidad? ¿Soy capaz de amar a Dios y servirlo con integridad y temor, aun cuando estoy pasando por el valle árido de mi alma? ¿Soy capaz de orar, aun cuando no escucho más su voz? Éste es el punto central que involucra la doctrina de la retribución. ¿Qué testimonio tendría yo para dar sobre Dios — sobre su amor, gracia, bondad y misericordia—, cuando no hay nada concreto para contar o afirmar?

Ningún automóvil nuevo, ningún ascenso en el trabajo, ninguna curación, ninguna revelación, nada. Sólo Dios.

Precisamente, en este principio de la retribución se funda el diablo para levantar la sospecha, a la cual contribuyen tanto la esposa de Job como sus amigos. La conclusión es simple: Job pecó. Ahora sólo resta saber dónde y cuándo lo hizo, para que, mediante el arrepentimiento y la confesión, él haga las reparaciones necesarias y vuelva a disfrutar de los beneficios de otrora. Sin embargo, nosotros sabemos (y Job desconfía) que el camino no es ese. Sabemos que el sufrimiento de Job no es causado por ningún pecado no confesado ni por una maldición hereditaria, sino por una apuesta entre Dios y Satanás, en la cual está en juego no sólo la integridad de Job sino todo el proyecto divino.⁴ Si Satanás gana la apuesta, queda probado que nadie ama realmente a Dios, y que todas las relaciones que el ser humano tiene con el Creador son utilitarias e interesadas.

Pienso que el ejemplo más dramático de esta tentación se encuentra en la cruz. Allí Jesús está expuesto no sólo a la vergüenza y el dolor del sufrimiento, sino también a un sumo dolor moral y espiritual. Podemos imaginar al tentador en medio de la soledad de Jesús en el Calvario diciendo: «¿Dónde están tus amigos? ¿Y los discípulos? ¿Y aquellos que fueron curados? ¿Y tu familia? ¡Hasta tu Padre te abandonó! Maldice a Dios y muérete.» Dios es la última esperanza. Si Jesús soltaba una blasfemia o alguna murmuración, habría caracterizado la sospecha

⁴ Rubem M. Amorese, *Meta-Historia*, Comunicarte, Brasilia, 1992.

de Satanás. Sin embargo, aun delante del silencio y del abandono del Padre, y en medio de los dolores y agonías de la cruz, con su último suspiro, extrayendo de sí sus últimas fuerzas para expresar sus palabras finales, dijo: «¡Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu!» Jesús continúa amando y obedeciendo al Padre por nada. Su afecto no está condicionado por ninguna regla retributiva, por ningún favor o bendición. Él amó al Padre hasta el fin, en una relación de devoción, afecto, sumisión y obediencia, sin ningún afán de recompensa o retribución.

El crítica presentada por Satanás consiste en que es posible tener una buena experiencia cristiana y un cierto equipaje teológico y aun así no tener un encuentro real, afectivo y personal con Dios. Job representa la crisis espiritual, diagnosticada en la motivación del alma humana. A veces me pregunto qué sucedería si Dios le permitiese a Satanás retirar todas las motivaciones y los estímulos externos a nuestra devoción, todo aquello que hoy representa los motivos de nuestra lealtad, integridad y alabanza. Me pregunto si todavía quedaría algo dentro de nosotros que, a pesar de todo, nos llevara a amar a Dios y adorarlo simplemente porque él es Dios. No necesitamos ir lejos. Bastaría con quitar de algunas iglesias las bandas y los conjuntos musicales que animan la alabanza al ritmo del rock, y otros ritmos que captan irresistiblemente nuestra atención, para ver si todavía queda algún deseo sincero de adorar y alabar a Dios con el mismo entusiasmo y devoción. Si por alguna razón, sea la que fuere, nos trasladáramos a una pequeña ciudad de provincia, cuya única iglesia

fuera una pequeña congregación en la que todavía se cantaran los viejos himnos, acompañados por un viejo órgano de pedales, tocado por una anciana que de cada cinco acordes se equivocara en seis, ¿conseguiríamos aun así presentar nuestras alabanzas con alegría y entusiasmo? Sospecho que muchos de nosotros encontraríamos dificultades para celebrar nuestro culto a Dios. Si Dios decidiera colocarnos en una situación como la de Job, en la cual, además de todo el sufrimiento y el dolor que él experimentó, tuviésemos que convivir con el silencio de Dios, pienso que la fe de muchos de nosotros no sobreviviría.

El encuentro de dos libertades

Una cuestión que se instala en el corazón de esta experiencia espiritual de Job es el cambio radical de su visión de Dios y de sí mismo. Es aquello que Gustavo Gutiérrez llama «encuentro de dos libertades». Aunque Job fuese un hombre íntegro, recto y temeroso de Dios, conservaba conceptos y percepciones de Dios que comprometían su espiritualidad y devoción, así como la imagen de Dios. De alguna manera, todos tenemos conceptos de Dios que se han formado a partir de nuestras experiencias e historias de vida, los cuales determinan nuestra lectura de la Biblia. En el caso de Job también era así. La teología de la retribución, que ahora tanto lo perjudica, fue por un buen tiempo la espina dorsal de sus convicciones acerca de Dios. Era necesario que estas imágenes se deshiciesen para que Job pudiese contemplar

libremente a Dios.

Para que las imágenes de Job se quiebren, Dios habla después de un largo periodo de silencio. Job había estado debatiendo con Dios, con los consejos de sus amigos y con la seguridad de su inocencia; pero Dios no se ha pronunciado aún. Llama la atención que la Palabra de Dios no toque directamente el problema de Job. Dios no responde a sus preguntas en tono profesoral, tratando cada una de sus dudas. Tampoco lo juzga o reprende por sus pecados. Dios no lo justifica ni lo condena. Job, por su parte, varias veces le pide a Dios que le señale sus pecados. Quiere confesarlos, seguir el consejo de sus amigos, para que todo vuelva a ser como antes. Sin embargo, ahora que Dios decide hablar, no toca aquello que más aflige a Job: la causa de su miseria y dolor.

Las primeras palabras de Dios a Job llevan a éste de nuevo al principio de todo. Dios pregunta:

«¿Quién es éste, que oscurece mi consejo
con palabras carentes de sentido?

Prepárate a hacerme frente;

yo te cuestionaré , y tú me responderás.

¿Dónde estabas cuando puse las bases de la tierra?

¡Dímelo, si de veras sabes tanto!

¡Seguramente sabes quién estableció sus dimensiones
y quién tendió sobre ella la cinta de medir!

¿Sobre qué están puestos sus cimientos,
o quién puso su piedra angular,

mientras cantaban a coro las estrellas matutinas
y todos los ángeles gritaban de alegría?

¿Quién encerró el mar tras sus compuertas,
cuando éste brotó del vientre de la tierra?

¿O cuando lo arropé con las nubes

y lo envolví en densas tinieblas?
¿O cuándo establecí sus límites
y en sus compuertas coloqué cerrojos?
¿O cuándo le dije: “Sólo hasta aquí puedes llegar;
de aquí no pasarán tus orgullosas olas”?»
(Job 38:2-11).

El texto sigue hasta el final del capítulo 39, levantando preguntas para ver si Job realmente tiene el discernimiento de lo que está sucediendo. ¿Dónde estaba él cuando todo comenzó? ¿Quién es él para establecer el orden del mundo y definir la actuación de Dios? En la secuencia de las preguntas, Dios insiste en mostrar la insensatez de los planteamientos de Job y el misterio de los propósitos divinos. Job, como ninguno de nosotros, puede saber dónde se asientan las columnas del mundo. El surgimiento del mundo permanece para el ser humano como un misterio indescifrable, que nos invita al silencio y a la meditación.

Dios continúa preguntándole a Job aquello que éste no puede responder. El mundo no sigue la misma lógica que él y sus amigos intentaron crear.

Los amigos, y Job mismo, pensaban que el mundo había sido hecho en base a la utilidad inmediata para el ser humano y a la retribución: premio al justo y castigo al pecador. Ese era para ellos el fundamento de la obra de Dios, por ello su acción en la historia es previsible. Ahí embiste Dios con ímpetu: ¿Dónde estaba Job cuando Él ponía los pilares de su creación? Si Job «sabe tanto»... es decir que es capaz de discernir que responda. Job, que llegó tarde, después de él haber cerrado con puertas y cerrojos el mar, no tiene autoridad para decir cuál es el

fundamento del mundo. Dios, que supo detener la arrogancia del mar, hace ahora lo mismo con las pretensiones descabelladas de Job y sus amigos, que intentan imponer límites y barreras a su acción en la historia.⁵

Una de las características del ser humano es su incapacidad de lidiar con el misterio. Particularmente, el ser humano moderno, acostumbrado a vivir en un mundo científico que siempre le da todas las respuestas, no acepta la posibilidad de no dominar el conocimiento de las acciones que lo cercan. Nuestro conflicto no es sólo con aquello que no conocemos sino también con la inseguridad que rodea nuestro destino. La necesidad de dominio sobre las circunstancias y misterios de la vida nos lleva al pecado de la domesticación de Dios.

En todo su discurso, Dios no acusa a Job de mentira ni con-tradice su afirmación de inocencia. No obstante, para Job, si es verdad que él es inocente, hay que culpar a alguien por su des-gracia. Esta es su lógica. En el objetivo de probar su inocencia, él se considera con el derecho de culpar a Dios. El principio es simple: si él es inocente, Dios, obviamente, es injusto por hacerlo pasar por todo ese sufrimiento inmerecido. Job se encuentra en «jaque mate». O asume ser igual a Dios en su pretensión de determinar el actuar correcto de Dios, o se rinde a la soberana y libre voluntad del Creador.

Dios busca revelarse a Job como un Dios cuyo

⁵ Gutiérrez, *op. cit.*, p. 133.

actuar no obedece a ningún criterio establecido por el ser humano. Dios es libre y soberano, y sus acciones obedecen a las iniciativas gratuitas de su amor. No lo adoramos por lo previsible de sus acciones, que retribuirían matemáticamente al justo y al impío. Lo adoramos porque él es Dios, y nada más.

Al utilizar las figuras de la naturaleza, Dios busca mostrar a Job que el sentido de la creación no es la retribución sino la expresión de su amor gratuito:

¿Quién deja sueltos a los asnos salvajes?

¿Quién les desata las cuerdas?

Yo les di el páramo por morada,
el yermo por hábitat.

¿Crees tú que el toro salvaje se prestará para servirte?

¿Pasará la noche en tus establos?

¿Puedes mantenerlo en el surco con el arnés?
¿Irá en pos de ti labrando los valles?

El avestruz bate alegremente sus alas,
pero su plumaje nos es como el de la cigüeña.

Pone sus huevos en la tierra,

los deja empollar en la arena,

sin que le importe aplastarlos con sus patas,
o que las bestias salvajes los pisoteen.

Maltrata a sus polluelos como si no fueran suyos,
y no le importa haber trabajado en vano,

pues Dios no le dio sabiduría

ni le impartió su porción de buen juicio.

Pero cuando extiende sus alas y corre,
se ríe de jinetes y caballos.

¿Le has dado al caballo su fuerza?

¿Has cubierto su cuello con largas crines?

¿Es tu sabiduría la que hace que el halcón vuele

y que hacia el sur extienda sus alas?
¿Acaso por tus órdenes remonta el vuelo el águila
y construye su nido en las alturas?
(Job 39:5-6, 9-10, 13-19, 26-27)

La libertad que gozan los animales en el campo demuestra y simboliza la imposibilidad de la previsión y de la manipulación de las acciones de Dios. La libertad del asno salvaje, que tiene el campo como morada; la rebeldía de toro salvaje, que se resiste a servir al ser humano y a ser conducido por el arnés; el estilo desencajado del avestruz, que al correr supera al caballo y a su jinete; el vuelo del gavilán y el nido del águila; en fin, todo esto demuestra la imposibilidad humana de domesticar los hechos de Dios. La cuestión presentada al inicio del libro sobre las motivaciones del ser humano para adorar y servir a Dios encuentra su respuesta en esta visión de un Dios libre y soberano, que no se deja aprisionar por ningún esquema teológico, y cuya actuación no se determina por ninguna lógica de causa y efecto sino por su amor libre y gratuito.

Ante lo expuesto en los discursos de Dios, Job cede: «¿Qué puedo responderte, si soy tan indigno? ¡Me tapo la boca con la mano!» (40:4). No puede responder a las preguntas de Dios. Delante de la grandeza y soberanía de Dios, calla. Su pequeñez lo lleva a un estado de profunda humillación y silencio. Job sabía que no podía contender con Dios, y lo que ahora encontramos no es al Job molesto, lleno de rebeldía y de razones, sino a un Job humilde, que se calla delante de la grandeza del misterio divino.

Aquí tenemos el encuentro de esas «dos libertades». Para aprender a adorar a Dios por nada, motivados solamente por su amor gratuito, es necesario, en efecto, reconocer su absoluta soberanía y carácter imprevisible. Dios no se sujeta a nuestras pretensiones de definir su justicia a partir de la nuestra. Aunque nuestro mundo funcione sobre la base de la justicia retributiva, el mundo de Dios no funciona así. Su actuación obedece sólo a una regla: su amor libre y gratuito.

La libertad de Dios se revela en la gratuidad de su amor, que no se deja encerrar en un sistema de premios y castigos pro-nosticables. La libertad de Job alcanza su madurez y plenitud al encontrar sin intermediarios al Dios de su esperanza. La libertad de Yavé se manifiesta al revelar que, en el fundamento del mundo, él colocó la gratuidad de su amor y que sólo así se comprende el sentido de su justicia. En el encuentro con la libertad divina, la libertad humana penetra hasta el fondo de sí misma.⁶

El encuentro del ser humano con un Dios que no se deja manipular por las pretensiones humanas lo lleva al descubrimiento de su propia libertad. La libertad de encontrarse con Dios sin querer encuadrarlo en sus esquemas teológicos e ideológicos, de dejar que Dios sea sólo Dios y no un subproducto de nuestra imaginación. Únicamente cuando dejo al otro libre para ser quien es, me encuentro libre también para amarlo sin exigencias y expectativas retributivas.

Al verse incapaz de determinar los designios de

⁶ *Ibid.*, p. 149.

Dios, el ser humano se lanza con fe confiada y amorosa en los brazos de su Creador. Lo que esclaviza al ser humano es su permanente pre-tensión de ser como Dios, que es lo que asume cuando intenta determinar el actuar de Dios. Cada vez que intentamos actuar como si fuésemos Dios, comprometemos la libertad divina y, consecuentemente, la nuestra. Y en una relación con Dios establecida sobre estas bases, nos tornamos presas fáciles de Sata-nás, quien no ha hecho otra cosa que procurar ser Dios.

Amar a Dios por nada, desinteresadamente, instaura el encuentro de las dos libertades. Por un lado, tenemos al Dios sobe-rano y lleno de gracia. Por otro lado, tenemos al ser humano que aprende a amar a ese Dios sin acondicionarlo a sus intereses; que permite que Dios lo conduzca por los caminos y los valles aún no transitados, hacia la indagación de las sorpresas que él le reserva. Así, no somos más dueños de nuestro destino. Aprendemos a entregar el control de nuestra vida a Dios, para adorarlo sin pretender ni exigir que podemos determinar su actuar.

Se trata de la misma libertad que el salmista describe en el Salmo 131:

Señor, mi corazón no es orgulloso,
ni son altivos mis ojos;
no busco grandezas desmedidas,
ni proezas que excedan a mis fuerzas.
Todo lo contrario:
he calmado y aquietado mis ansias.
Soy como un niño recién amamantado
en el regazo de su madre.

¡Mi alma es como un niño recién amamantado!

La tranquilidad del alma es el resultado de un corazón sereno que ya no mira el mundo con altivez ni soberbia, ni procura cosas grandes y extraordinarias para afirmarse o proyectarse. Se tornó capaz de callar y sosegar, como un niño que ya se sació en el seno de su madre y no necesita gritar más por leche materna. Más bien, encuentra el descanso para su alma en la rendición en los brazos de su madre. Reconocer que el Dios amoroso y lleno de gracia controla todas las cosas nos torna libres para amarlo y hacer descansar nuestra alma en sus brazos.

Job se rinde completamente. Antes, la preocupación por defender su inocencia lo llevó a mirar sólo por él y a luchar por aquello que reconocía como su derecho y su justicia. Ahora, después de mirarse él mismo y de reconocer su pequeñez delante de la grandeza y soberanía de Dios; después de descubrir que al único que le corresponde determinar el obrar divino es a Dios mismo, y no a él, se revela como un ser absolutamente libre. Job se vuelve nuevamente hacia Dios y reconoce que, en efecto, no lo conocía.

Job respondió entonces al Señor. Le dijo:

«Yo sé bien que tú lo puedes todo,
que no es posible frustrar ninguno de tus planes.
“¿Quién es éste”, has preguntado,
“que sin conocimiento oscurece mi consejo?”
Reconozco que he hablado de cosas
que no alcanzo a comprender,
de cosas demasiado maravillosas
que me son desconocidas.
“Ahora escúchame, que voy a hablar”, dijiste;

“Yo te cuestionaré, y tú me responderás.”
 De oídas te había oído hablar de ti,
 pero ahora te veo con mis propios ojos.
 Por tanto, me retracto de lo que he dicho,
 y me arrepiento en polvo y ceniza.»
 (Job 42:1-6).

En esta última oración encontramos lo que debe caracterizar nuestra vida espiritual. En primer lugar, Job reconoce la soberanía de Dios en sus propósitos: «Yo sé bien que tú lo puedes todo...». Ya no pelea más con Dios sino que se abandona en sus manos. No se preocupa más por determinar el obrar de Dios. Más bien, reconoce que el actuar divino es determinado por los propósitos de Dios, que todo lo puede:

Job pudo reconocer en su destino de sufrimiento solamente la ausencia de sentido. Le faltaba una comprensión fundada en una profunda experiencia de Dios. Por eso habló «con palabras sin sabiduría» (38:2), insensatamente. Ahora conoce la sabiduría de Dios, a la cual puede confiarse sin reservas a sí mismo y a todas sus cuestiones, aunque su sufrimiento continúe siendo un enigma irresoluble.⁷

En este reconocimiento, Job encuentra satisfacción, no por-que sus problemas hubieran sido resueltos, o su dolor, explicado, sino por vivir la fe y la entrega a un Dios que es mayor que sus dilemas.

En segundo lugar, el conocimiento de Dios no es sólo el resultado de aquello que escuchamos sino

⁷ Heinem, *op. cit.*, pp. 129-130.

también de aquello que vemos. Cuando el ser humano intenta responder por el conocimiento a todos los misterios de Dios, acaba por decir cosas que no entiende. Mientras Job se debate buscando probar su inocencia, colocándose en el centro de la historia y de las acciones de Dios, y utilizando su teología para comprender el misterio de los propósitos divinos, se pierde en su propia ansiedad por controlar el proceder de Dios. Sólo cuando termina de hablar y comienza a escuchar la voz de Dios, empieza a comprender el principio del obrar de Dios, aunque no el sentido de su sufrimiento. Cuando el ser humano se calla, Dios habla. Esto es lo que Job aprende. El silencio contemplativo lo lleva a escuchar y a ver aquello que, mientras hablaba, no era capaz de ver ni escuchar.

La postura de Job es transformada. Ahora reconoce la locura de sus pretensiones y procura oír. Nota que lo que determina las acciones de Dios no es lo que él entiende por justicia sino el amor gratuito de Dios. En la contemplación de ese amor, en un momento de silencio y quietud, él pudo ver la grandeza de la bondad de Dios. Job conocía sólo de escuchar, pero ahora puede ver. Su relación con Dios dejó de ser sólo cognitiva para pasar a ser también contemplativa.

Solamente Dios

El principio de espiritualidad extraído de la experiencia de Job constituye, sin duda, un gran desafío a la espiritualidad moderna. En un mundo que funciona bajo la tiranía del tener, donde la identidad

del ser humano se define por las funciones y papeles que representa, y donde la competitividad determina el ritmo de las relaciones, no podemos esperar otro modelo de relación con Dios que no sea el utilitario. La persuasión que frecuentemente oímos en los programas de televisión, en las campañas de evangelización y en los púlpitos de las iglesias (por supuesto, existen excepciones) casi invariablemente apuntan en la misma dirección. Conságrese, busque, contribuya, haga esto o aquello y Dios le recompensará con bendiciones mucho más abundantes de lo que usted puede entregar. Dios es un buen negocio. Es la sospecha de Satanás, que encuentra su comprobación más descarada y vergonzosa.

Por otro lado, esa espiritualidad que nace del corazón y que es capaz de detectar el amor y la gracia de Dios en las situaciones más críticas de la vida, que abraza la cruz, aunque se sienta completamente abandonada, se encuentra en retroceso, lo cual da a Satanás el efímero sabor de la victoria. Sin embargo, por la gracia de Dios, todavía es posible encontrar a aquellos que buscan a Dios por nada, quienes son capaces de reconocer su pecado y la gracia inmerecida de Dios. Ellos saben que Dios es Señor soberano y que su obrar no se encuentra limitado por nuestra teología y mucho menos por nuestras propias necesidades.

En el fin de su vida, Blaise Pascal (1623-1662), matemático, físico y pensador cristiano francés, afligido por una enfermedad grave, fue motivado a reflexionar sobre el estado de su alma y de su corazón. Así, en sus últimos seis meses, mientras sufría intensos

dolores físicos, vendió todo lo que tenía, incluida su biblioteca, a excepción de su Biblia, las obras de San Agustín y algunos libros personales, y se introdujo en la lectura bíblica, especialmente en el salmo 119, que normalmente lo conducía a un estado de contemplación y admiración que transcendía su condición física. Al igual que en el caso de Job, el sufrimiento fue un poderoso instrumento para transformar el carácter, en especial la visión y la perspectiva de la relación con Dios. En sus oraciones, Pascal tenía la costumbre de decir que le gustaría «sufrir como un cristiano», dando a entender con eso que no le estaba pidiendo a Dios que lo librara del dolor sino que él pudiese «sentir el dolor y la consolación de Dios juntos». También pedía «glorificar a Dios en sus sufrimientos y nunca blasfemarlos». En una de sus oraciones podemos apreciar el carácter central que tenía Dios en su vida como única fuente de placer y realización:

Concédeme, oh Dios, que en silencio yo pueda adorar la maravillosa providencia que colocas a disposición de mi vida. Pueda tu cayado confortarme. Habiendo yo vivido en la amargura de mis pecados mientras tenía salud, pueda yo probar ahora la dulzura de tu gracia a través de estas aflicciones que impusiste sobre mí. Mas yo confieso, oh mi Dios, que mi corazón es tan duro, tan lleno de ideas mundanas, preocupaciones, ansiedades y aprensiones, que ni la salud o la enfermedad, conversaciones, libros, ni siquiera tu Santa Escritura, ni el Evangelio, ni tus santos misterios pueden hacer alguna cosa para promover mi conversión. Ciertamente, ni filantropía, ni ayunos, ni milagros, ni sacramentos, ni todos los esfuerzos, ni siquiera

todas estas cosas colocadas juntas, pueden hacer esto. Solamente la maravillosa grandeza de tu gracia puede hacerlo... Sólo tú creaste mi alma, solamente tú puedes crearla de nuevo. Solamente tú, Señor, puedes crearla según tu propia imagen... Jesucristo, mi Salvador, la expresa imagen y carácter de la esencia divina, imagen y semejanza que yo deseo.⁸

Al perder todos los estímulos externos (su madre había fallecido cuando tenía tres años, y su padre, cuando tenía 28, no poseía casa y estaba completamente enfermo), Pascal recurre únicamente a Dios. Nada era suficiente para alimentar y nutrir su corazón y aliviar el dolor de su alma, excepto Dios y su gracia. Esta realidad última, este absoluto que torna todo relativo, es el principio de la espiritualidad cristiana y de toda la teología. Conocer a Dios y encontrarlo en la abstracción de todo lo que no es Dios.

Puedo ilustrar esto con la experiencia de un amigo cristiano que por más de dos décadas se dedicó de cuerpo y alma a su trabajo en una gran empresa, a la cual sirvió con total lealtad, defendiéndola como si fuese suya. Después de casi veinticinco años de trabajo y dedicación, fue despedido. De la noche a la mañana se sintió como un hombre abandonado, sin esperanzas, con una familia para sostener, cuentas por pagar y todo lo que provoca una situación así. Sin embargo, lo más sorprendente de todo fue una

⁸ Blaise Pascal, *The Mind on Fire. An Anthology of the Writings of Blaise Pascal*, Classics of Faith and Devotion, Multnomah Press, Portland, 1989, p. 286.

declaración suya en la que reconocía que la lealtad con que había dedicado toda su vida al trabajo había transformado a la empresa en un dios. Su devoción, alegría, placer y realización estaban en el trabajo y, más específicamente, en la empresa donde trabajaba. Allí sentía que era alguien. Era conocido por sus colegas, sabía quién era y su valor era reconocido por sus superiores. Cuando se encontró sin estos estímulos externos —sin el reconocimiento de sus superiores, ni el aprecio de sus colegas ni el *status* que le daba todo esto—, se sintió solo. Toda su identidad se fue con su trabajo. La razón de su alegría, placer y realización ya no existía más. En aquel preciso momento se presentó delante de él la oportunidad de conocer mejor, y muy personalmente, a Dios, por la abstracción de todo lo que no era Dios.

Al reflexionar sobre Job, confieso que tengo dudas sobre nuestra integridad y motivaciones. Todavía hay mucho de esta teología de la retribución en nuestros móviles espirituales, y mucho que aprender sobre la gratuidad de la gracia de Dios. En varios aspectos, Job representa la antítesis de la espiritualidad moderna. Para muchos cristianos de hoy, la presencia de Dios se define y asegura a partir de aquello que recibimos como prueba de nuestro *status* como hijos de Dios. Actuamos como aquel niño inseguro del afecto de sus padres que, para demostrar su «seguridad» afectiva, necesita regalos caros, viajes a Disney World y otras exigencias propias de una relación frágil e insegura. Son pocos los que, a pesar de no tener nada concreto para presentar como prueba de su filiación, se sienten seguros sólo con el hecho de que

son hijos de Dios porque Dios, el Padre, decidió adoptarlos.

Reflexionar sobre la espiritualidad es buscar las motivaciones más secretas de nuestra relación con Dios y encontrar una teología consistente con dicha relación. Es discernir el lugar de Dios en nuestro corazón y en nuestra experiencia de vida. Es permitir ser conducido al desierto, lugar de la soledad, del encuentro con nuestra alma, para que allí, destituidos de toda ilusión e hipocresía, seamos confrontados con la realidad de nuestro carácter. Es discernir nuestro corazón, cuando todos los estímulos externos, y aun nuestra teología, ya no aportan más los motivos de nuestra integridad y amistad con Dios. Cuando todo lo que resta soy yo, con mi desnudez, y Dios, con su gloria y amor.